

Corazón Endiosado por Rafael Pérez y Pérez

La divinidad, todos los dioses y todas las fuerzas que el hombre no alcanza a entender, serán fuentes de inspiración, don supremo que puede introducirse en el corazón o movilidad de los hombres para hacer de ellos un voltéotl, “corazón endiosado”, ... (Miguel León-Portilla, *Los Antiguos Mexicanos*, México: FCE, 1995, p.180)

I

Permítame unos instantes, su excelencia. Ahora que estoy viejo me cuesta trabajo recordar. Pero no se preocupe, le contaré toda la historia para que sus frailes puedan registrarla. Todo comenzó aquella tarde del día del mes de huey tozotli, justo antes de la celebración a Centéotl, diosa del maíz tierno. Sobre el horizonte se podían observar grandes charcos de sangre —resultado de la interminable lucha que sostenían los dioses por mantener el orden del cosmos— que al mezclarse con las nubes y los rayos del sol, sobre el fondo azul del universo, empapaban el cielo con tonalidades rojizas, naranjas y amarillas. Como de costumbre, ocupaba gran parte de mi tiempo libre observando todo lo que ocurría en el mercado de Tlatelolco. Lo que más llamaba mi atención en aquella enorme convergencia de olores, sonidos y formas eran los chapulines; no sólo me encantaba comerlos asados sobre una tortilla, sino que su naturaleza viva y llena de dinamismo —a veces en el aire y a veces sobre el suelo, a veces cruzando el espacio y a veces apagadamente contemplando la tierra— me hipnotizaba por horas. Solía acomodarlos formando hileras de tres insectos, identificaba cada hilera con un símbolo y cada chapulín con su propio número. Luego, observaba los diversos patrones que surgían cuando algunos reaccionaban y trataban de huir: “¡los chapulines 1 y 3 de la primera hilera saltan mientras que el chapulín 2 no se mueve!”. ¡Algunas veces era imposible controlarlos!

Aquella tarde me topé con Donají, la hija de un famoso Caballero Ocelote: vestía un quechquemitl que apenas dejaba ver un collar de conchas marinas que colgaba de su cuello y un enredo que le llegaba arriba de los tobillos. Al verla ¡mi corazón comenzó a latir rápidamente! Aunque no era la primera vez que coincidíamos, nunca había tenido la oportunidad de presentarme. Me paré a su lado, pero mi boca no logró producir sonido alguno —sin lugar a dudas, notó mi nerviosismo—; pasaron algunos angustiosos momentos y, tartamudeando, le dije: “Me-me llamo Tizoc”. Una sonrisa burlona emergió de su rostro y continuó su camino sin decir palabra alguna; me había ignorado, me sentí humillado. ¿Quién era Donají para tratarme de esa manera! Sin embargo, a pesar de su arrogancia, sentía una gran atracción por ella; me prometí que algún día le demostraría quien era Tizoc y lo equivocada que estaba al tratarme así.

II

Varias lunas pasaron cuando una mañana me desperté con una noticia aterradora: ¡Donají había sido raptada por un maleante condenado a muerte! Inmediatamente se organizó una búsqueda dirigida por su padre, el gran Caballero Ocelote, a la cual conseguí adherirme. Se formaron ocho unidades: fui asignado al grupo que se dirigió hacia Coyoacan. Una vez ahí, el guerrero al mando nos distribuyó en toda el área por parejas para agilizar la revisión de la zona. Debido a mi juventud e inexperiencia fui designado ayudante de Sayil, un recio guerrero del ejército mexicana. Pasamos la primera noche junto a un arroyuelo; mientras buscaba unas ramas secas para el fuego, no dejaba de preguntarme cómo estaría Donají. Después de comer algo de fruta y una serpiente asada, decidí distraerme un poco y me dediqué a gozar de mi pasatiempo favorito: ¡observar! Un grupo de luciérnagas absorbió por

completo mi atención: mientras volaban desaparecían sin dejar rastro alguno para luego brotar de la nada; formaban grupos de danzantes voladores que, en medio de la oscuridad, al ritmo de tambores imaginarios, prendían y apagaban las antorchas enchufadas a sus cuerpos; parecía una ceremonia similar a la que ejecutaban los sacerdotes en honor de alguna deidad. Me encontraba completamente inmerso en mis pensamientos, admirando aquel ritual, cuando descubrí algo sorprendente: ¡las luciérnagas y los chapulines comparten la misma esencia! Los chapulines saltan o se quedan quietos en tierra; las luciérnagas vuelan prendidas o apagadas. En ambos casos, parte de su comportamiento puede ser descrito en términos de dos estados: saltando o en tierra; prendidas o apagadas. Era lo que los sacerdotes llamaban ¡la esencia divina! Estaba completamente absorto en mis reflexiones, cuando una voz me interrumpió:

— Tizoc, ¿te encuentras bien? — preguntó Sayil.

— Observo a las luciérnagas: deseo ver qué me quieren comunicar —contesté.

— ¿Comunicar?

— Mira cómo algunas luciérnagas están prendidas y otras apagadas. Imagina que si dos luciérnagas que vuelan una al lado de la otra están prendidas, estamos recibiendo el mensaje “¡estamos contentas!”. Ahora, imagina que si tenemos tres luciérnagas, una prendida, otra apagada y otra prendida, nos están queriendo confesar “camina hacia el lago y encontrarás una canasta llena de cacao”. —Ambos reímos. Luego, continué diciendo—: a esto le llamo el comportamiento de los dos estados.

— Alguna vez vi a un adivino emplear el mismo método—comentó Sayil mientras bostezaba. Yo escuchaba atentamente—: Tenía tres figurillas hechas de huesos de tlacuache que representaban a Tlahuizcalpantecuhtli —el dios que en una de sus manos sujeta una lanza con la que afecta los

destinos de personas o cosas—. La gente le hacía preguntas, por ejemplo, “¿será buena la cosecha este año?”. Entonces, él metía las figurillas en un recipiente y las lanzaba: dependiendo de cuántas caían paradas y cuántas acostadas o, en términos de luciérnagas, cuántas estaban prendidas y cuántas apagadas, así como del orden en que quedaban acomodadas, predecía el futuro.

Las palabras de Sayil me dejaron paralizado por unos instantes: ¡los sacerdotes se comunicaban con las deidades por medio de mensajes representados como patrones de dos estados! Me emocioné mucho y grité:

— ¡Sabía que los chapulines y las luciérnagas tenían conexión con los dioses! Sayil no comprendía muy bien lo que estaba diciendo, pero estaba demasiado cansado para preguntar y en unos cuantos minutos cayó dormido. Yo sólo pude conciliar el sueño hasta bien entrada la noche.

Muy temprano, a la mañana siguiente, continuamos la búsqueda. En unos matorrales encontramos el collar de conchas marinas que le vi a Donají en el mercado. Después de un rato llegamos a un cruce de caminos; Sayil, con toda su experiencia, no estaba seguro hacia dónde dirigirnos. Entonces le sugerí:

— Preguntémosle a los dioses cuál es el camino correcto.

— ¿Qué quieres decir?

Saqué de una pequeña bolsa de piel tres piedrecillas redondas, las cuales, la noche anterior, había pintado hasta la mitad de verde con colorante hecho de plantas vegetales. La otra mitad conservaba su color gris natural. Las metí en un recipiente, las lancé de tal manera que formaron una hilera y luego dije:

— Si el lado pintado de verde queda hacia arriba, equivaldrá a una luciérnaga prendida; si el lado gris queda expuesto, equivaldrá a una apagada.

— ¿Quieres jugar al adivino? ¡Nosotros no sabemos interpretar a los dioses!

— Pero podemos pedirles que nos guíen —afirmé.

— ¿Cómo? —preguntó impaciente el guerrero.

— Asignemos a cada una de las cinco direcciones del universo un patrón de piedras. Imploramos a los dioses por su consejo y lancémoslas. Estoy seguro que propiciarán que surja el patrón que representa la dirección correcta que debemos seguir. Es lo mismo que hacía el adivino cuando le preguntaban sobre la cosecha. —Sayil parecía no entender mi idea, por lo que continué diciendo—: la combinación de piedras gris-gris-gris representa el centro, es decir, quedarnos donde estamos; gris-gris-verde significa caminar hacia donde se encuentran los pueblos nómadas, —es decir, hacia el norte—; gris-verde-gris caminar hacia las tierras zapotecas —el sur—; gris-verde-verde caminar hacia donde emerge Tonatiuh—el este—; verde-gris-gris caminar en dirección contraria.

Recuerdo claramente que a Sayil le pareció una idea tonta. Sin embargo, el tiempo apremiaba y no encontraba la forma de decidir hacia dónde encaminarnos. Así, no le quedo más opción que apoyar mi idea:

— ¿Cómo sabremos cuántos pasos avanzar? —preguntó impaciente.

— Después de conocer la dirección hacia dónde debemos encaminarnos volveremos a lanzar las piedras. Existen ocho posibles patrones.

— ¿Cómo lo sabes?

— ¡Créeme, llevó mucho tiempo observando a los chapulines saltando! Cada patrón representará un número entre cero y siete. Entonces, si aparece el patrón 0 avanzamos 20 pasos; si aparece el patrón 1 avanzamos 40 pasos; si aparece el patrón 2 avanzamos 80 pasos, y así sucesivamente.

— Tizoc, creo que tu mente está extraviada —dijo desesperado Sayil.

— Confía en mí. Entonces, el primer lanzamiento será una instrucción que nos indicará hacia dónde caminar; el segundo lanzamiento proporcionará el número de pasos a avanzar. Continuaremos haciendo lo mismo hasta que

aparezca como instrucción el patrón verde-verde-verde, que querrá decir que hemos recibido todas las indicaciones.

Metí las piedrecillas en una vasija, imploré por ayuda a los dioses y las lancé:

— Gris-verde-gris. ¡Tenemos que encaminarnos hacia la tierra de los zapotecas! Ahora, veamos cuántos pasos: verde-verde-verde, significa... 2,560 pasos. —Volví a lanzar las piedras—: a continuación debemos dirigirnos hacia donde emerge Tonatiuh y caminar... 640 pasos.

— ¿Tizoc, vas a pasar toda la mañana lanzando piedras mientras Donají está apunto de morir? ¿A qué horas vas a terminar con esto?

— Hasta que los dioses lo indiquen.

Lancé nuevamente las piedras y para sorpresa de Sayil apareció la combinación verde-verde-verde: ¡fin de la comunicación! Seguimos las instrucciones enviadas por nuestras deidades y, aunque Sayil no lo podía creer, finalmente hallamos el escondite del malhechor. Donají se encontraba dentro de una pequeña cueva cuya entrada estaba bloqueada; al mirarla, ¡mi corazón volvió a latir rápidamente! Nos llevamos una sorpresa cuando descubrimos que el secuestrador tenía dos cómplices; esto complicaba enormemente la situación ya que requeriríamos de apoyo para realizar el rescate. Decidimos que Sayil iría en busca de ayuda mientras yo me quedaba a vigilar, por lo que sin perder más tiempo mi compañero emprendió el viaje. Cerca del anochecer intenté acercarme lo más posible a Donají para hacerle saber que pronto sería rescatada; estaba seguro que mi presencia la alegraría enormemente. Por desgracia, uno de los maleantes me descubrió; rápidamente fui sometido y arrojado dentro de la cueva:

— ¿Qué haces aquí? —preguntó ella asombrada al verme.

— ¡Donají! No te preocupes; pronto llegará la ayuda —le respondí, tartamudeando otra vez! Inmediatamente se dio cuenta que no había nadie más allá afuera para rescatarnos. Su rostro se deformó y encolerizada gritó: — ¡Por qué no fuiste en busca de mi padre en lugar de dejarte atrapar!

Un torrente de lágrimas se abrió paso a través de sus ojos; lloró y lloró por un largo rato hasta que finalmente se quedó dormida. Me sentí un fracasado. ¡Pero juré por los dioses que la sacaré de ahí!

Trataba de descansar cuando los tres malhechores se acercaron: primero el líder, el cual era muy joven; luego un fortachón, el cual parecía un poco idiota; y finalmente un esclavo que, supongo, simplemente tomó la oportunidad de escapar. El idiota y el esclavo me arrastraron fuera de la cueva y me amarraron por las muñecas a la rama de un árbol. Este movimiento despertó a Donají. Me sentí muy asustado. El cabecilla comenzó a golpearme en las costillas mientras me preguntaba cuánta gente conocía el escondite. ¡Nunca le contesté! Repitió la operación varias veces hasta que se cansó. Luego, tomó una pata de venado y, agarrando firmemente con las dos manos la pezuña, ¡la estrelló sobre mi nariz! ¡Pensé que moriría! Donají gritaba desesperada hasta que, finalmente, me regresaron a la cueva. Con tela de su enredo fabricó una serie de vendajes y compresas; limpió mi cara con sumo cuidado y revisó cada una de las heridas para tratar de contener las hemorragias; pasó toda la noche dándome de beber agua y secando mi sudor; ¡nunca olvidaré su valentía y entereza! Lamentablemente, a la mañana siguiente, las cosas empeoraron:

— Tizoc, tienes que descansar porque nos llevarán a otro lugar.

— ¿Nos vamos de aquí? ¿A dónde iremos?

— Escuché que nos dirigiremos a un valle que se encuentra a medio día de camino hacia Totolhuacalco. El cielo está nublado, por lo que seguramente lloverá más tarde. Si partimos hoy, no habrá forma de que nos encuentren.

La situación era crítica y debía idear algo antes de la partida...

III

Al día siguiente, ya instalados en el nuevo escondite, observaba los alrededores cuando Donají me preguntó:

— ¿En dónde están tus pensamientos Tizoc?

— Los dioses me han enviado una visión —le respondí.

— ¿Una visión? ¿A qué te refieres?

— Escucha: hoy, durante la madrugada, Sayil llegó con los refuerzos al antiguo escondite, pero se llevó una gran sorpresa al encontrarlo abandonado. ¿Ahora cómo encontrarnos? La lluvia borró todo rastro de nuestra partida. ¿Cómo explicarle al gran Caballero Ocelote que había perdido la pista de su hija? Sayil y su gente, desesperados, revisaron los alrededores y, al entrar a la cueva donde nos tuvieron detenidos, descubrieron unos extraños signos.

— ¿Te estás refiriendo a los símbolos que dibujaste sobre la pared?

— ¡Así es! Uno de los guerreros exclamó “parece una gran mosca volando”. Inmediatamente Sayil entendió el significado de los dibujos y gritó “¡No, es una luciérnaga!”

— ¿De qué estás hablando? —preguntó confundida Donají.

En ese momento se escucharon sonoros gritos y Sayil, junto con un grupo de guerreros mexicas, inició el ataque sobre el nuevo escondite: El esclavo intentó huir, pero fue capturado inmediatamente; el idiota ofreció resistencia, pero un de los guerreros tomo una piedra y le partió la cabeza en dos; el líder intentó atacar a Donají, pero Sayil lo tomó del cuello y lo asfixió. ¡En tan sólo en unos instantes acabaron con el trío!

Donají lloraba de felicidad. ¡Mi plan había funcionado! ¡Me sentía en éxtasis! ¡Finalmente le había demostrado a Donají que era digno de ella! Fue un día inolvidable para mí. ¿Cómo nos encontraron? Ahora se lo explico su excelencia, sólo permítame beber un poco de agua... gracias. Todo ocurrió de la siguiente manera. El día anterior mi cabeza no ideaba la forma de comunicarle a Sayil hacia dónde nos llevarían. Estaba muy consciente de que nuestras vidas dependían de ello, pero estaba paralizado. Inesperadamente, escuché lo que me pareció un mensaje de los dioses: ¡chapulines cantando! ¡Dos estados! ¡Esa era la solución! Estimé el número de pasos que requería medio día de camino hacia Totolhuacalco y, empleando los mismos códigos que usamos Sayil y yo para encontrar a Donají, ¡dejé registrados en la cueva la posición aproximada de nuestra nueva ubicación! Los malhechores nunca sospecharon que aquellos dibujos raros eran instrucciones para encontrarnos; de esta manera, ¡Sayil obtuvo la clave para dar con nosotros!... ¡Gracias su excelencia!, sé que fue ingenioso. Muchas gracias. ¿Perdone usted?... ¿Qué quiere decir?... Su pregunta abre viejas heridas: ¿Qué ocurrió con Donají?... Me parece que usted y sus frailes nunca lo entenderían. Sólo le mencionaré que, aunque jamás la volví a ver, mi corazón quedó por siempre ligado a ella. Estoy cansado; si usted me da su venia, me iré a dormir.

Dos estados: ¡esencia divina! ¿Qué nos pueden enseñar? ¿Qué maravillas con ellos el hombre creará? Porque mientras perdure el quinto sol, corazones endiosados existirán (Tizoc)

Fin